

tuvo otro colaborador. Su infancia no se decoloró en las oscuras ciudades corrompidas. Minnie respiró un aire distinto del aire condensado, lerdo, insípido de la vieja Europa. El gran sol de los trópicos la animó con su llama. Minnie es una espléndida florecilla que el astro alimentó con sus rayos y nimbó de oro.



CAPÍTULO II

En el amplio salón de elevado techo de la calle de Varennes, erguida en el fondo de un gran sillón de tapicería, está sentada madrina con una labor de calceta sobre las rodillas. A través de las persianas semicerradas entra un dulce rayo de sol; y, macizo, puesto sobre cuatro columnas de mármol, indiferente á todo lo que le rodea, un vetusto reloj Imperio marca los segundos con recio tic-tac que escande secamente el paso de las horas. Se nota por la estancia un vago olor á espliego, á clausura y á moho. Pesados muebles de ébano y cobre se anquilosan entre las puertas, incómodos y duros sillones duermen bajo las incoloras fundas. Ni una flor, ni una plan-

ta verde, ni un bibelot. Hay varios candelabros de bronce y unas ruínas de Cartago, labradas en el mismo metal, en las cuales Mario llora impasible. Algunas fotografías amarillentas se decoloran en antiguos marcos. Cuelgan de las paredes severos retratos. Personajes maduros, petrificados bajo sus pelucas, se abisman en melancólicos pensamientos; angulosas damas, de corsés vacíos y diminutas bocas, fingen no enterarse de sus compañeras... Pero sobre el piano, fresca, rozagante, risueña, una encantadora doncella, en traje de baile, de tul rosa, sonrío á la vida... Es la única nota alegre de la densa habitación. De vez en cuando óyese allá en la calle la bocina de un automóvil. Entonces Bobby, el viejo can, entreabre un ojo, dá un sordo gruñido y vuelve á dormirse. Madrina está muy agitada, como se deduce del hecho siguiente: en lugar de proseguir sin intervalos, inmóvil y con los párpados bajos, su invariable labor de calceta, hace de vez en cuando una pausa, levanta la cabeza y deja escapar una malla. Entre los plateados bucles que encuadran su rostro, sus ojos grises, aún vivaces, en lugar de fijarse en la tarea recorren la estancia, buscan el rayo de sol, se clavan en los austeros retratos. Acaso les piden consejo; pero egoistas

y prudentes, los antiguos magistrados y las damas que fueron sus compañeras, irreprochables, se concentran, en melancólico silencio. Entonces las pupilas de madrina comienzan á vagar, posándose en la dama vestida de rosa. Sus delgados labios se cierran, su barba se estremece. Bajo la severa crujiente seda se encorva su pecho. Y luego, en seguida, las manos laboriosas prosiguen la tarea, y los puntos se suceden bajo los dedos blancos, cuyas articulaciones anudara el reumatismo, y en los cuales brillan muy antiguas sortijas.

Entreábrese la puerta y la imprecisa silueta de la señorita Noemi se desliza por el pavimento encerado. Bajo las cintas que adornan sus cabellos, su rostro ténue parece adelantar unas excusas por no poderse suprimir totalmente. Con el miedo á ser indiscreta, sus facciones se reducen al mínimo. Sus menudos ojos incoloros brillan apenas en el fondo de unos párpados sin pestañas. No tiene cejas ni mejillas. La minúscula nariz se oblicua á la izquierda para pasar inadvertida. Los labios procuran esconderse en una débil sonrisa tímida, y como puede prescindir de barba, no la tiene; es sencillísimo..... Amarillenta, tímida, avanzando á saltos, pronta, azorada y solícita, la señorita Noemi surge, parecida á un humilde pá-

jaro plumado; y es lo cierto que no se hallaría monigote capaz de calificarla de mamífero.

Con voz algo sorda, pero siempre clara, madrina pregunta:

—Diga. ¿Está todo preparado?

Hace un cuarto de siglo ó más, que la señorita Noemi sirve á madrina; pero desde el primer día hasta hoy, si le formulan directamente una pregunta, no puede evitar cierta turbación. La señorita Noemi inclina la cabeza, vuelve á levantarla, tose un poco sonrojándose ligeramente, y por fin, articula con dificultad:

—Sí, señora. Por lo menos así lo asegura Melania.

Lo asegura Melania: restricción prudente ya que, á menos de haber consultado uno de los polvorientos tomos de la añeja *Enciclopedia de la Buena sociedad*, que están alineados en el cuarto verde ¿cómo le fuera posible á la señorita Noemi imaginar los preparativos necesarios para recibir á una chiquilla? ¿Acaso entre aquellas cuatro paredes donde, desde há veinticinco años, viene desmenuzándose día por día su existencia, pudo jamás aproximarse á alguno de esos pequeños singulares monstruos y aprender á conocerles? ¿En la vieja estancia donde los vetustos muebles duermen bajo la mirada impassible

de los muertos, no protesta todo contra semejante suposición, tan loca y difícil de adaptar á aquel ambiente?

Pero madrina frunce el entrecejo é insiste con cierta expresión de descontento en la voz. No es necesario que la señorita Noemi se remita á Melania para cuidados de tal importancia. Melania es una excelente muchacha, de buen carácter y mucho más hacendosa de lo que acostumbran las doncellas de nuestros días; pero no tiene cultura, ni experiencia. En lo que se refiere á los cuidados que necesite Minnie, madrina cuenta especialmente con la señorita Noemi. Sólo por deber asumió la carga que va pesar sobre ella, y si creyó que la llevaría á cabo con esmero exquisito, fué por tener á su lado á la señorita Noemi. Por la dulzura y firmeza de su carácter, por la marcada confianza que sabrá inspirar y aun por su edad, que le hará menos extrañas las cosas de la infancia, la señorita Noemi es lo más á propósito para las funciones educadoras de que deberá encargarse...

La dulzura y firmeza de su carácter... la confianza que sabrá inspirar... A cada una de estas apreciaciones que salen de los labios de madrina, la señorita Noemi hace una débil inclinación á guisa de reverencia. Pero al escuchar lo de la edad «que le hará menos extrañas las cosas de

la infancia», se siente desconcertada. ¿No es su deber desengañar á madrina? No, es imposible que madrina se forje ilusiones. Veamos: ¿madrina quiere imaginar que la señorita Noemi ha sido joven? ¿Niña? ¿La señorita Noemi con falda corta y calcetines? ¿Por qué no imaginarla enamorada?... Pero madrina sabrá á qué atenerse. Al expresarse en aquella forma, lo haría sencillamente con la pretensión de hacer notar á su humilde compañera la excelente opinión que tiene de ella y de sus servicios. La señorita Noemi se confunde en palabras de agradecimiento. Cumplirá como mejor pueda.

Reina el silencio. Luego madrina pregunta:

—¿Vió usted á Orasia?

«¿Vió usted á Orasia?» Solo por el tono que presta á sus palabras, se comprende que tras ellas se esconden designios graves, quizás trágicos. La misma madrina, tan segura de sí misma, no deja de pronunciarlas sin cierta emoción... Sus dedos pararon de hacer calceta. Nótase en su boca un pliegue de inquietud. La señorita Noemi, que no ignora lo que se esconde bajo esta simple pregunta: «¿Vió usted á Orasia?» se apresura á tranquilizarla. Si, la vió después del almuerzo. Fuése á la cocina con el pretexto...

Madrina la interrumpe. La señorita Noemi no necesita pretexto alguno para entrar en la cocina. Investida con el cargo de confianza de señora de compañía, la señorita Noemi está en su lugar en todas las piezas de la casa. No ha menester excusarse en ninguna parte y menos en la cocina; al contrario, entrar allá es deber suyo.

La señorita Noemi se inclina agradeciendo de nuevo... No obstante, gracias á lo acontecido hoy, pensó que sería oportuna una gestión privada... Madrina ha fruncido levemente las cejas, significando que no quiere admitir, cuando menos en teoría, que haya sido necesaria la diplomacia donde el derecho extricto era incontestable; por lo cual la señorita Noemi reducé sus explicaciones y concluye diciendo:—Al parecer Orasia no está mal dispuesta.

—¿Ha tomado ya el café?

Las cejas de la señorita Noemi se hubieran enarcado triunfalmente, si las hubiese tenido.

—Ha tomado el café y le ha puesto azúcar.

Madrina sonríe con aire de condescendencia. Su alivio es manifiesto. Lanza un débil suspiro de satisfacción y prosigue su calceta. Vamos, todo se arreglará mejor de lo que era de temer.

Cuando Orasia, la vieja cocinera, que

entrara al servicio de madrina un año después de su matrimonio, supo que vendría una chiquilla á la casa, dijo en confidencia al cochero que al día siguiente se despediría de la señora. Tal propósito llegó á oídos de la señorita Noemi, quien, azorada por tal responsabilidad, no creyó prudente esconderlo á madrina. Esta, con su mayor altivez, declaró que harto sabría recibir á la rebelde y que no olvidaría aquello; pero en el fondo de su alma, se sentía de veras trastornada. La perspectiva de un cambio, de una separación, de una ruptura con todo lo que le quedaba de un pasado tan lejano, le oprimía el corazón. Pasó tres noches de insomnio... Su dignidad le vedaba declararlo, aún á la señorita Noemi. En aquel mismo instante experimentaba una íntima y ligera turbación al interrogarla. Pero puesto que Orasia ha tomado su café con azúcar, no hay nada que temer. En ocasiones de graves acontecimientos nacionales ó domésticos, suprime el azúcar; lo hizo el día del asesinato del presidente Carnot. Pero tan solo había renunciado á su café dos veces: cuando murió Clara-Angélica y cuando tuvo madrina la congestión pulmonar.

La señorita Noemi prosigue en tono respetuosamente confidencial:—Melania está convencida de que mientras la niña

no ponga los pies en la cocina todo irá bien.

Madrina mueve la cabeza. Tal movimiento tiene toda suerte de significados. En primer lugar desapruueba rasamente á la señorita Noemi la nueva cita de la autoridad de Melania, que es un tanto negligente; luego, protesta contra la suposición de que la niña del ahijado de madrina, tenga algo que hacer en la cocina; semejante idea es absurda y sólo Melania puede haberla concebido. Pero sobre todo le da á entender que si ella, madrina decidiese lo contrario, no impediría su resolución el temor á descontentar á Orasia. A muchas otras supo ajustar cuentas, incluso á la emperatriz Eugenia, el día en que ésta creyó hacerla un honor nombrándola dama de palacio.

Y madrina dice con una mueca de severidad:

—Esta mujer es muy fantástica. Temo que usted no la trata con la debida firmeza.

La señorita Noemi baja la cabeza, sintiendo haber merecido el reproche. Reconoce su insuficiencia y su debilidad. ¡Ella firmeza para con Orasia, que tiene nariz y barba y hasta bigote; para con Orasia, viuda de un gendarme, cuadrada de hombros y muy mamífera, ¡oh, sí, muy mamífera! Sonríe humilde-

mente y no contesta. Por otra parte madrina sabe perfectamente como marchan las cosas, sabe que no puede imprimírseles otra dirección. Pero oficialmente la señorita Noemi tiene autoridad sobre Orasia. Madrina no ha hecho más que exponer un principio. Los principios son para ser expuestos.

Nuevo silencio; luego la señorita Noemi se sonrío á sí misma y á media voz—así madrina podrá á su antojo abandonar ó proseguir la conversación—murmura en tono de convicción:

—Por los retratos, Minnie parece muy graciosa.

Madrina inclina la barba, de manera que no niega pero tampoco aprueba. Sólo la vió por unos instantes á su paso por Burdeos, lo cual es insuficiente para formar de ella juicio definitivo. No obstante, cuando se tiene la edad y experiencia de madrina, con sólo una ojeada basta para formar una idea que casi siempre vienen á robustecer los acontecimientos. Ciertamente, Minnie no le desagradó. Claro, no hay que dudarle; la niña, separada de sus padres, sintiéndose completamente forastera, no aparecerá en toda su graciosa desenvoltura. Será cual un pobre pajarito azorado; por esto la señorita Noemi ha de procurar tratarla con cierto cuidado y no zaherirla. La idea de que la señorita

Noemi, falta de cejas y de barba, con los mitones que le cubren la mitad de los dedos, pueda zaherir á alguien, es cómica idea... Con todo, la señorita Noemi escucha gravemente la advertencia. No, no; hará lo que madrina le dice, procurará no zaherir á Minnie. Pero, ¿y si Minnie la zahiriese á ella?... La señorita Noemi no formula esta hipótesis tan contraria á los principios.

—No obstante, señorita Noemi, le ruego á usted especialmente que procure tratarla con mucha firmeza. Temo que la niña esté abominablemente mal criada.

La señorita Noemi mueve la cabeza con aire tranquilizador. No, no, la hija del señor Mauricio no puede de ninguna manera estar mal criada... Madrina con un enérgico mohín la deja sin palabra y le hace hundir el cuello entre los hombros. ¿Qué sabe de eso la señorita Noemi? Ciertamente, Mauricio era un buen muchacho y no ha perdido sus méritos, ¿pero quién asegura que tenga las cualidades que requiere la educación de una niña? Y, dada la azarosa existencia que lleva, ¿cómo es posible que pueda dedicarse al cultivo de su educación? Sería muy raro que á una criatura nacida en las colonias no le quedara algún resabio de la dejadez é incuria criollas. Y además, ¿halló Mau-

ricio en su esposa el concurso necesario?

Ante tan delicada pregunta la señorita Noemi juzga prudente callar su opinión. Madrina prosigue: No es que la esposa de Mauricio le produjera mala impresión. Al contrario; se portó con madrina lo más amable y solícitamente que puede darse. Pero parece hartó frágil y nerviosa. Y además la perjudica un defecto muy molesto: no fué educada en un convento.

¿Usted me dirá que no solo en el convento puede recibirse buena educación? En efecto, la señorita Noemi podría decir esto. Pero también podría no decirlo, por lo cual se contenta con lanzar un débil cloqueo ambiguo. Madrina se da por satisfecha y reconoce que la esposa de Mauricio es sumamente encantadora. Pero la sorprendería que aquella mujer delicada y enfermiza hubiese acertado á llevar á cabo una tarea tan compleja como la educación de un hijo. Indudablemente habrá en Minnie muchas lagunas é imperfecciones. La señorita Noemi no puede en cuatro ó cinco semanas modificar todo un sistema de educación, pero mediante un poco de tacto, paciencia y una perseverante y tenaz energía puede influir en Minnie del mejor modo posible. No obstante, lo que por ahora importa, para

infundirle confianza, es que el pobre pajarito que está á punto de llegar, azorado y tembloroso, halle una buena acogida y un corazón bien dispuesto á recibirle... Madrina, claro está, en lo que á esto se refiere, nada tiene que recomendar á la señorita Noemi... Su voz se ha suavizado; la señorita Noemi siente que le acuden lágrimas á los ojos. Abre y cierra repetidamente la boca sin decir palabra. ¡Ah, si para demostrar sus buenos deseos pudiera hacerse trizas é imponerse una tortura!

Tras una pausa, la señorita Noemi tose y prosigue:

—El señor Geoffroy decía el otro día que la niña era muy despejada para su edad.

¡El señor Geoffroy! ¡Bah! La boca de madrina se contrae con una mueca desdenosa y su rostro toma un talante marcial entre los plateados bucles. Los magistrados abuelos suyos no miraron jamás con desdén tan abrumador á los infortunados que esperaban temblando sus sentencias. Madrina pronuncia la suya en tono decisivo. El señor Geoffroy no tiene autoridad ninguna. No sabe nada de la infancia. ¿Con qué derecho iba á juzgarla?

Hace veinte años ó más que, tres veces por semana, el amigo Gouf llama tímidamente á la puerta de madrina, entra

en el salón, se sienta al borde de una silla y habla del tiempo, de los hombres y de las cosas con talante tan humilde y conciliador que sus pobres observaciones ó son escuchadas con interés condescendiente ó enérgicamente contradichas.

El padre del amigo Gouf fué secretario del Vidamó de Valfroy (así se llamó el esposo de madrina) y gracias á un continuo y tenaz sacrificio, á pesar de las lócuras del pródigo hidalgo, pudo salvarle á madrina algo con qué viviese. Madrina reconoció sus servicios obsequiándole con una cajita de rapé, en otro tiempo ofrecida á un Valfroy por el duque de Richelieu en persona. Y cuando el buen hombre murió, ella dijo al politécnico que heredaba su nombre obscuro y unos sacos henchidos de relucientes escudos, que considerase siempre como suyo el hogar que su padre había librado de la ruína. Pero entiéndase que tal oferta no debía tomarse al pie de la letra, pues madrina no era mujer que olvidara la distancia que exige el rango entre la viuda de un marqués arruinado y el hijo de un rudimentista millonario. Gouf, por su parte, a pesar de sus teorías anarquisobres las cuales musitaba á veces ininteligibles conceptos, se ha sentido siempre cohibido en presencia de ella.

Doquiera que se hallare, aun delante de si mismo, el amigo Gouf se sentiría incómodo, pero en ninguna parte se halla tan mezquino como en el salón de madrina. Aunque los derechos del hombre le constituyan su igual, él echa de ver humildemente su inferioridad. Diga lo que diga, haga lo que fuere, se siente juzgado y alcanzado por irrevocables decisiones. Y jamás, al marcharse, franqueó el umbral del salón sin lanzar un suspiro de alivio.

Sin embargo, desde hace veinte años ó más vuelve allí continuamente, volverá siempre. ¿Por qué? Acaso porque en el vetusto salón anticuado y sombrío, se siente muy lejos del París moderno, vocinglero y vulgar, y por algunos momentos puede olvidar que existe; quizá porque el perfume de espliego, de reclusión y de moho, que allí se respira, cosquillea deliciosamente las aletas de su nariz de escéptico, tan sentimental. Será también porque sabe que allí, á medida que transcurre el tiempo, los visitantes van haciéndose más raros: ya no son más que cuatro ó cinco viejos de antaño los que, de vez en cuando, van á sentarse en aquellos incómodos sillones. Irá también porque si renunciara á sus visitas, él á quien con frecuencia acogen con sofiones y anatemas, madrina aún se vería más aislada en aquel in-

menso París susurrante y egoísta. El es el único eslabón que la une á la vida exterior. Desaparecido él, madrina quedaría sola, como muerta.

Y para llevarle con regularidad las noticias del mundo y someterse á sus rigurosos juicios, el amigo Gouf aun tiene otra razón y es que sabiendo guiar á madrina, por una serie de hábiles maniobras, puede sentarse frente al retrato de Clara-Angélica.

Clara-Angélica es la bellísima criatura vestida de tul rosa que sonrre encima del piano, en medio de los graves retratos sombríos. Es la hija que tuvo madrina en ocasión en que ya no se atrevía á esperarla. Y pronto habrán transcurrido veinte años desde que murió víctima, en tres días, de la difteria, dos años antes de casarse con el señor Conde de Fosseux, su prometido.

Clara-Angélica es la única mujer á quien amara el amigo Gouf. Amóla ya muy niña, cuando era un angelote mocoso que pretendía alcanzar el sol con sus manos chiquitas. Amóla cuando era mozueta turbulenta, de trenzas pendientes y con los dedos siempre manchados de tinta. Amóla con toda su alma, con todo el sufrimiento exacerbado de su pobre corazón tímido cuando ella, ya joven, se abandonaba alegremente en brazos de los que la invitaban á valsar,

cuando él, juzgándose feo, amarillo y ridículo, quedábase acechándola arriado al alféizar de una puerta, sin atreverse á invitarla siquiera. ¿Sospechó ella su amor? Es posible que no. ¿Y madrina? ¡Quién sabe! Sea como fuere, su afectada benevolencia no dejó entrever nada. Después de todo, ¿cómo sospechar semejante insolencia de aquel inofensivo pobre diablo: el chico Geoffroy? Cierta día, en tono el más natural, sin el menor embarazo ni miramiento le anunció los desposorios de Clara-Angélica. El amigo Gouf no pensó en matarse porque comprendió que ello hubiera sido indiscreto. Pero creyó experimentar el más terrible sufrimiento de su vida. No obstante, cuando, tres semanas más tarde, se enteró de la muerte de la joven, vió que se había equivocado. Desde entonces, la charla del amigo Gouf, en cuestiones de amor, se volvió muy cínica. Mas no hay para él horas más dulces en este mundo que las que pasa frente al retrato de Clara-Angélica, mientras la voz lacrimosa de madrina vitupera las infamias de la política y declara la disolución de toda moral...

El reloj Imperio, siempre preciso, dá las cinco.

—Si el tren no viene con retraso, ahora mismo deben de entrar en la estación.

1020126196

Pero madrina hace un mohín de desprecio indicando que el tren llevará retraso, y la señorita Noemi mueve la cabeza con aire de asentimiento. Madrina no es enemiga del progreso, siempre que este no afecte al buen sentido. Si dice horrores de los automóviles, en cambio admite los ferrocarriles, aunque prefiriendo las antiguas diligencias bajo muchos aspectos. La organización de los ferrocarriles, las estaciones, su administración, son deplorables. En el fondo, ¿qué excelencia presenta nuestra pobre Francia, después que nos la desfiguraron? ¿No marcha todo de mal en peor? Atravesamos una mala época.

Y siguiendo la asociación de ideas que de un hecho particular conduce á madrina á englobar en su pesimismo toda la vida contemporánea, la señorita Noemi dice a media voz:

—A propósito, señora; esa gente del segundo piso...

Más vivamente, por cierto, de lo que permitiría un estricto sentimiento de la dignidad, madrina ha levantado los ojos.

—¿Qué?

—Pues que no se van.

Madrina no es amiga de hacer aspavientos. Así que no abandona su labor, pero apretando los labios levanta por un instante los ojos al cielo y sacude la cabeza con aire apesarado.

Hace cuarenta años que madrina habita en el antiguo departamento de la calle de Varennes. Es incómodo, triste, y sombrío; pero, situado en el primer piso, en el fondo de un doble patio, está al abrigo de los ruidos callejeros, y por detrás dá á los jardines de un convento. Y además, madrina tiene allí todos sus recuerdos. Su vida entera está allí encerrada.

No obstante, tres años ha, estuvo á punto de desalojarlo. La vecina, la marquesa de Prebins, que desde hace veinticinco años vivía en el tercero, murió. Sus habitaciones quedaron vacantes y fueron alquiladas. ¿Por quién? Por el señor Péborde, diputado radical socialista por Haut-Ariège.

La señorita Noemi no olvidará jamás el día del cataclismo. Fué una mañana de octubre, un miércoles. En el momento en que volvía de misa, la portera, aterrada, le dió la noticia. Acababa de alquilar el piso un diputado. ¡Señor, qué diputado! Un... un anticlerical hurraño que había votado la expulsión de las congregaciones y pidió la agravación de la ley de separación. Y venían con él su compañera, una urraca provinciana, que vestía como una *cocotte*, y tres criaturas, tres pobres seres que no estaban bautizados... Sofocada, la señorita Noemi, no supo responder

una palabra. Subió los escalones de cuatro en cuatro y con el semblante descompuesto, los pies vacilantes, fuera de sí, lanzó todo el notición de una vez al rostro de madrina...

¡Cuántas veces, atormentada por el remordimiento, se ha reprochado su crueldad!... Aquel golpe hizo palidecer á madrina, quien juntó las manos cual si fuera á desmayarse. ¡Cómo! ¿Su techo protector había de cobijar á uno de esos sectarios cuyo único sueño es descristianizar á Francia? ¿Había de atormentarla la probabilidad de rozarse por la escalera con la misera criatura que á los ojos de la Iglesia no era esposa sino legal concubina? ¿Había de sentir sobre su estancia las pisadas de tres infelices criaturas, condenadas ya por su nacimiento?... Ante tal perspectiva, madrina se revoltó y dijo irguiéndose: «¡Está bien, señorita Noemi, desalojaremos el piso!»

Díjolo, pero no lo llevó á cabo. ¡Pobre madrinal! Las fuerzas de su cuerpo enflaquecido y agobiado, no estaban á la altura de la santa indignación que sintiera en los primeros momentos. Y, acaso por primera vez, sintió vacilar la voluntad en el fondo de su alma bien templada. ¿Qué, había de tirar á la calle, confiar á las manos brutales de los mozos de transportes, sus estimables

recuerdos de antaño? ¿Había de abandonar la casa donde transcurrió la infancia de Clara-Angélica? ¿Sufrir que otros profanaran la habitación, siempre cerrada, donde murió? ¿Debía alejarse de allí para ir á buscar en el tumultuoso y azorante París, otro rincón donde arrastrar los pocos días que le quedaban de existencia? No, madrina no se sintió con fuerzas para realizarlo. Las palabras que dejó escapar en el primer momento de revuelta no se repitieron y, por su parte, la señorita Noemi tampoco se las ha recordado, á fin de que no tuviese que sonrojarse de su debilidad.

Y madrina ha continuado viviendo bajo el mismo techo que los herejes; ha debido entrever la silueta barbuda y feroz del diputado anticlerical. Ha debido oír las griterías de su compañera, la desvergonzada criatura que una tarde se atrevió á llamar á la puerta de madrina para informarse del día en que recibía. Ha debido soportar las disputas, los lloriqueos, los ruidosos juegos y el escándalo de aquellas criaturas que no solamente no estaban bautizadas, sino que andan libres, descuidadas, abandonadas á su propio antojo por un padre á quien absorbe por la política y una madre frívola entregada únicamente á sus placeres... Todo esto ha sufrido

madrina sin quejarse, sin permitirse una observación... Severa para con los otros, lo es más para consigo. Hubiera debido marcharse. Cometió una torpeza al no hacerlo. Justo es, pues, que lo expie... Pero, puesto que no tuvo la suficiente energía para huir, se abstuvo de todo comentario. No pudo suprimir á los herejes, pero procuró olvidarlos. Así que, para ella, es como si no existieran; jamás se les nombra y si por casualidad, alguna vez, llega á designarlos, les llama: «Esa gente».

Pero hace algunas semanas que, con el martirio de unos dolores ciáticos, el rostro descompuesto por el sufrimiento y los dedos crispados por el mal, madrina vislumbró una dulce perspectiva. Al parecer, el hombre diabólico había sido muy combatido en el Haut-Ariège. Al diputado no le parecía muy segura su reelección... Pasado un mes, el corazón de madrina se estremeció de esperanza y preguntó á lo menos tres ó cuatro veces:

—¿Sabe usted si esa gente se van decididamente?

—¡Ah, se quedan! Y lo que es peor—la señorita Noemi lo anuncia á media voz entornando los ojos—no solamente se quedan, sino que organizan un baile. El señor Peborde tiene segura la reelección.—¿Con qué reelección segura, eh?

Pero ¿qué están haciendo esas gentes de Haut-Ariège? ¿Habrá que desesperar de todo? ¡Francia está perdida! Directamente interpelada, la señorita Noemi se siente encausada, se encoge, se excusa cual si ella también fuese de Haut-Ariège y acaso electora del señor Peborde. Parece—se lo dijo al señor cura el conde de Freuil, diputado por Vendée—parece que el señor Peborde cuenta con grandes simpatías. Asegúrase que los mismos católicos le votan. ¿Que le votan católicos? Entonces, la cosa es clara: el país busca su ruína. Madrina cierra los ojos con tal aspecto de prostración, que la señorita Noemi, intimidadada, busca inútilmente palabras que la fortalezcan.

En aquel instante óyese en el patio el rodar de un carruaje. Madrina abre los ojos. Si la señorita Noemi tuviese la amabilidad de mirar... La señorita Noemi está ya asomada á la ventana y balbucea con voz trémula de emoción:

—Señora, sí, sí, creo que es nuestra pequeña huésped.

Madrina hace un gesto vago. Está bien. Querría expresar con brevedad que lo que tanto parece turbar á la señorita Noemi, era de esperar y por consiguiente muy natural. Pero no da con las palabras, porque es lo cierto que también ella se siente emocionada. Desde

que Clara-Angélica abandonara su blanco lecho de cortinas de muselina, ningún ser infantil ha dormido allí y pocos entraron en el viejo departamento. Y todos cuantos franquearon el umbral parecieron dejar á la puerta su alegría y su infancia, como si les aterraran los altos techos, la opacidad, los retratos austeros y el frío olor á mohó. Se mostraban azorados y llorosos. Hablaban en voz muy queda.

Súbitamente, madrina se entristece al pensar que quizás la hija de Mauricio, la mozuela cuya infancia bañara el gran sol de los trópicos, va á encontrarse oprimida y como aprisionada á su lado. Hubiera debido mandar que abriesen las persianas, pero ya es tarde. Cuando menos, conviene hallar alegres y tiernas palabras de bienvenida. Pero madrina no acierta á encontrarlas. Ya olvidó de qué suerte debe hablarse á los niños. ¡Es tan anciana, vive tan solá! Madrina ha dejado su labor y cruza nerviosamente las manos. Pero de pronto suena el timbre, óyense voces, ruido de menudas pisadas; madrina pasea una mirada circular á su alrededor. ¡Qué grave se ha puesto la señorita Noemil! ¡Que no vaya á tomar al pie de la letra las recomendaciones de severidad que madrina le hiciera! Con voz completamente desconocida, con voz que Noemi

jamás oyó, casi suplicante, madrina balbucea:

—Señorita Noemi, cuento con su protección para esa niña, esa pobre criatura...

No puede acabar la frase. Un golpe formidable sacude la puerta tan violentamente, que madrina se estremece y lanza un grito. El batiente cede, ábrese ruidosamente, y algo vacila, cae sobre el pavimento, y rueda como una pelota hasta la mitad del salón. Bobby, bruscamente despertado, ladra furiosamente. Inmóvil en su guarda-polvo y con el semblante consternado, el amigo Gouf queda en pie bajo el dintel de la puerta. Vacila...

Pero Minnie, aun de bruces en el suelo, grita en tono tranquilizador:—No es nada, un tropezón—. Se levanta de un salto, permanece un segundo indecisa, caído el sombrero, acalorada por el vaho del simón, ennegrecida por el polvo del tren, la boca riente y algo intimidada aún. Sus ojos pasan alternativamente de las dos damas, para ella desconocidas, á Bobby que, atrincherado detrás del pufo, continúa ladrando con todas sus fuerzas. Pero de pronto se detienen, quedando fijados en madrina; su azulísima mirada va directamente al corazón de la anciana señora, quien abre los brazos sonriendo. Y Minnie se precipita á

ellos exclamando: «¡Usted es madrina; la reconozco!»

Y mientras la anciana muy emocionada la besa en la frente, esforzándose por disimular el temblor nervioso que agita todo su cuerpo, Minnie interroga á voz en grito, designando á Bobby:

—¿También éste sabe hacer el guapo?

Entretanto el ruboroso amigo Gouf, que vacilaba entre si debía ó no marcharse, ha renunciado á huir y se sienta enfrente de madrina. Ha repasado todas las filosofías, y, discretamente, profesa la más pesimista. Mas á pesar del menosprecio universal en que envuelve á los hombres y á las cosas, ante la madre de Clara-Angélica no puede evitar cierto sufrimiento, como no acertaría á evitarlo delante de su propio retrato. Allí más que en ninguna otra parte odia su alma abúlica y sin empuje, odia su cuerpo ridículo, experimenta el sentimiento acerbo de sus piernas harto cortas, de su abultado vientre, de sus brazos de gestos inharmónicos. Aborrece la redondez de su cara, sus mejillas vinosas, sus ojos azules y salientes, su linosa perilla, sus escasos cabellos que, á pesar de todos los cosméticos, se enderezan formando cresta sobre la coronilla. Exento de vanidades y conscientemente cínico en sus palabras, el amigo Gouf no alcanza á poner en armonía su alma

con sus doctrinas. ¿Qué importa en el gran todo el átomo Gustavo Geoffroy? Pero el sentir ese átomo tan estúpidamente clavado al borde de una silla de terciopelo, le exaspera. ¿Con qué ni siquiera puede sentarse en medio? Ganoso de disimular con una risilla su nerviosidad, intenta acomodarse sobre el asiento, pero entonces rueda por los suelos el polvoriento sombrero y al agacharse para recogerlo le resbalan y caen sus lentes... El amigo Gouf, explicando á madrina las peripecias del viaje, sufre una horrible tortura.

Son muy insignificantes las tales peripecias. El amigo Gouf es narrador mediocre y, por otra parte, jamás le aconteció nada notable. Basta que él esté relacionado con algún lance para que se despoetice y vulgarice. Nunca le ocurrió nada que pueda tacharse de aventura. Ni se ha encontrado en descarrilamiento alguno, ni jamás le tocó la lotería. Mediocre es él, mediocre su destino. Responde con brevedad y penosamente á todas las preguntas de madrina. Y de pronto enrojece al advertir que se ha olvidado de quitarse el guardapolvo. Entonces sí se maldice y hasta piensa en el suicidio. Pero le temblaría el pulso y no haría más que estropearse. Esode oirse á si mismo pronunciando dificultosamente las frases más vulgares,

le baña en sudor. ¡Ah, si él fuese otro, con qué gusto soltaría un puntapié al que fuese él! Con hombres de esta especie, de no haberlo hecho antes, habría motivo para renegar de la humanidad... De cuando en cuando, para reanimar su relación, el amigo Gouf insinúa un chiste; pero resulta tan pobre, tan difícil, que antes de acabar la frase, Gouf se interrumpe con una vaga sonrisa que quisiera ser de leve escepticismo, pero que él mismo juzga llanamente ser idiota.

Madrina ni siquiera le escucha y esto indudablemente le priva de tirarse por la ventana ó de emprender una vergonzosa huída. Uno y otra cambian en tono indiferente frases de cajón, pero puesta toda su atención en Minnie, siguiendo sus gestos con la mirada. La niña se quita el sombrero, los guantes y la toca, interroga vivamente á la señorita Noemi, aguarda sus respuestas y vuelve á la charla. ¡He aquí una criatura á quien no estorbará su persona! Confiaron al amigo Gouf el cuidado de acompañarla y protegerla. En realidad ¿no ha sido más bien ella quien le ha tomado bajo su vigilancia? Los hipotéticos peligros contra los cuales hubiera podido defenderla, no se presentaron; y Minnie fué quien zanjó deliberadamente todas las dificultades reales del viaje, desde la

elección del compartimento, á la partida, hasta la del simón, á la llegada, sin exceptuar el menú del almuerzo en el vagón restaurant y la famosa excursión á un misterioso lugar, que tanto intrigaba al amigo Gouf, quien de haber previsto tal peripecia hubiera aún renunciado á ofrecer sus servicios á su amigo Mauricio. No obstante, todo se resolvió con suma facilidad. Ella dijo:—Amigo Gouf, entreténgase usted mirando el paisaje, yo voy á mis quehaceres.— Durante su ausencia, el amigo Gouf, imaginó toda suerte de catástrofes: una portezuela mal cerrada; Minnie sobre los rieles; era necesario volver á Burdeos, para anunciar su muerte... El amigo Gouf no pudo esperar más é inundado por frío sudor fué al encuentro de Minnie. Pero en aquel momento, ésta apareció sonriente al extremo del pasillo, levantando al pasar un bebé maltrecho.

¡Y la llegada á casa de madrina! ¡Pues poco preocupado é inquieto le tenía al amigo Gouf! ¡Qué de frases almibaradas pasaron y volvieron á pasar por su imaginación, aptas para disipar toda inquietud! Pues bien, con la caída de Minnie quedó todo perfectamente arreglado. Un solo golpe había roto el hielo. No hay más que verla charlar con la señorita Noemi, para comprender lo cómoda que

allí se siente... Demasiado cómoda, pues, de pronto, al notar que madrina la está mirando, la niña corre hacia ella impetuosamente.

—Madrina, subiendo la escalera, he encontrado á tres niños que parecen muy amables. Creo que viven en la casa. ¿Verdad que podré jugar con ellos?— Madrina y la señorita Noemi, cambian una mirada de consternación. He aquí uno de tantos sinsabores que nos reserva el destino. Es sensible tener que dar un no tan pronto á un rostro sonrosado y zalamero como el de Minnie. Pero el caso no admite vacilaciones. Madrina responde gravemente:

—No, Minnie, lo siento, pero tú no debes jugar con esos niños. Son muy mal educados.

Minnie replica en tono tranquilizador:

—Oh, no importa, los más pilluelos son siempre los que más me divierten.

Ante tal declaración, madrina levanta las cejas, alarmada. ¡Buen principio! Lo mejor será no entrar en discusión. Con maravillosa presencia de ánimo, la señorita Noemi propone á Minnie dar una vuelta por la estancia para ver los retratos. Será como si hojeasen un libro de láminas. Minnie acepta con entusiasmo y sucesivamente va señalando los cuadros con la punta de su índice; á media voz la señorita Noemi la pone al corrien-

te de la identidad de cada uno. Este es el señor de Valfroy, que fué empleado de hacienda en tiempos del rey Luis XIV. Don Bernardo de Hallard de Valfroy (de una rama colateral), fué magistrado en el Parlamento; doña Victoria de Hallard, nacida en Cuisseporc, su esposa, falleció á los dos días de la muerte de su marido. Este es don Fernando de Valfroy, que desempeñó un cargo en las Cortes; estotro don Carlos el martir, quien siendo diputado de la Constituyente, fué guillotinado cuando la Convención. Esta, su esposa, á quien la fama reputaba una de las mayores bellezas de aquella época. ¡Una de las mayores bellezas! Minnie dirige una mirada de sorpresa hacia aquella dama imponente y carmesí; parece un cura disfrazado. Pero Minnie conoce los antiguos usos y se abstiene de hacer observación alguna. Sin embargo, aquel desfile de viejos caballeros y viejas damas no le resulta, por cierto, agradable; parecen todavía más gruñones que los que hay en Burdeos, en el gabinete de papá. ¿Por qué los escogerían tan feos? Otro retrato, con una vasta golilla que le comprime el cuello, levanta con aire de resignación una cabeza de porcelana, amarillenta, provista de un par de patillas que parecen colas de zorro.

—Su tío de usted en tercer grado: el

señor Luis-Gonzaga-María del Peyral de Mascle, el célebre procurador del rey, el propio padre de madrina.

—¡Ah!—Minnie còmpara con interés las dos fisonomías.—Sin duda se parecen un poco. Cuando madrina no habla ni le mira á uno, pone un aire casi tan severo como ese señor. Tienen la misma nariz... Al lado de aquel retrato pende el de una pobre dama enjuta, quien desví los ojos para no ver al terrible procurador. Cubre su cabeza una especie de gorro de dormir y es su vestido extravagante.

—He aquí á tía-abuela, muerta casi á los dieciocho meses de matrimonio.

Minnie asiente con aire compungido. En el retrato ya se le nota un semblante muy triste; y además ¡debía de sentirse muy aburrida al lado de aquel señor de las colas de zorro! En su lugar Minnie habría hecho lo mismo, ó acaso le habría sacudido á él... Bruscamente los pensamientos de Minnie cambian de dirección. Luminosa y afable, Clara-Angélica le sonrío dentro del marco blanco y oro. Los colores al pastel conservaron su frescor un poco aterciopelado. Un inenarrable hechizo se desprende de aquel simpático rostro tan alegre, tan rosado, pero en el que, no obstante, se nota algo así como un matiz de melancolía... Y Minnie lanza un leve

grito y exclama en alta voz, con penetrante tono:

—¡Oh, qué linda! Parece un ángel...

Muy por lo bajo la señorita Noemi le indica que calle, y le explica que aquella linda damisela es la hija de madrina, muerta hace mucho tiempo; será mejor no mentarla para no entristecer á la pobre señora. Luego dice á Minnie que va á enseñarle su habitación, y se la lleva fuera de la estancia.

Madrina y el amigo Gouf la siguen con la mirada. Al oír la exclamación de Minnie, los dos se estremecieron; y sin cambiar una palabra, ni una mirada, comprendieron que sus pensamientos iban á reunirse junto á la muerta... El amor por Clara-Angélica es la única flor que engalana ese lamedal: el alma de Augusto Geoffoy. Pero aunque naciera de la bajeza más ínfima, un sentimiento tan puro y tan sincero revela cierta nobleza. Por haber amado á la gentil muerta, el amigo Gouf llega á no despreciarse totalmente. Ha sufrido tanto que se siente con derecho á considerarse con alguna piedad... Y en este momento, ante el retrato de la joven damisela, el amigo Gouf, formaliza una vez más, para sus adentros, la pregunta que viene repitiéndose desde hace veinte años: ¿Qué hubiera dicho Clara-Angélica si hubiese sabido que el hijo de

Geoffroy estaba enamorado de ella? Sin duda le hubiera parecido un chiste tan ridícula pretensión; acaso hubiera plegado los labios con un mohín de desprecio abrumador. ¡Quién sabe! ¡Era tan bondadosa! Quizás le hubiera apenado el tener que apenar á otro; algunos minutos más, y su vida, tan corta, se hubiera empañado con un pesar. ¡Oh, qué fortuna para el amigo Gouf, haber guardado su secreto y llorado en silencio tantas noches! ¡Es tan fea su repleta figura! De esta suerte le es dado pensar en Clara-Angélica, sin remordimiento alguno. Él no le costó ni una lágrima, y en cambio ¡qué de veces mereció sus burlas! pero eso sí, burlas donosas, porque en ella no cabía un átomo de malicia.

...¿Y madrina, qué hubiera pensado? A buen seguro que jamás tuvo el menor presentimiento de que el hijo de Geoffroy alimentara la loca esperanza de ofrecer su mano y su nombre á la descendiente de los Valfrey y de los Peyral. Si tal sospecha hubiese rozado su ánimo, cerrara la puerta, para siempre, al presuntuoso monigote. ¡Pero hay completa seguridad de que no pudo á adivinar algo de lo que en él pasaba? En vida de Clara-Angélica puede que no se dignara advertirlo, pues aun siendo muy discreto este sentimiento, solo

podía tolerarlo ignorándolo. Pero ¿y desde que no existe Clara-Angélica? ¿Desde que, allá en las alturas, se cierne entre los ángeles? ¿Desde que ya nada carnal ó impuro puede ofenderla, no consiente madrina que el amigo Gouf alimente, en lo íntimo, para con la muerta, algo que ya no puede ser más que una especie de culto, de humilde y apasionada devoción? En varias ocasiones el amigo Gouf creyó que madrina lo sabía y lo consentía. Pensó que para ella no era un extraño, que entre los dos existían lazos invisibles. Y pensando así experimentaba una dicha inmensa. Pero en otras ocasiones madrina le acoge tan ásperamente ó le trata con desdén tan glacial, con tan altanero desprecio, que, entonces, no sabe si dudar ó desesperarse...

Acaso algún psicólogo experto y encallecido en el manejo de las almas se preguntaría qué le importa al amigo Gouf que madrina esté ó no enterada. Le importa infinito. De estar enterada, esto le aproxima á Clara-Angélica; hace de él, en cierto modo, un privilegiado. Puede, sin indiscreción, apartarse de los tópicos de la conversación; y sin que jamás—¡oh, no hay cuidado!—se permita aludir al pasado, puede dejar de fingirse extraño á él. Cuando madrina deja escapar ciertas palabras, no tendría

necesidad de hacerse el sueco; cuando después de evocados ciertos recuerdos, madrina enmudece, él puede hacer otro tanto y, de este modo, vivir algunos instantes en la comunidad de amadas venturas muertas y de divinas esperanzas desvanecidas... En cambio, si no está enterada, si no quiere estarlo, se le prohíben tales consuelos, pasa á ser un simple visitante cualquiera, un pobre diablo, con probabilidades de resultar molesto. Ahora mismo, en lugar de soñar melancólicamente frente al retrato blanco y rosa, debería marcharse ó reanimar la conversación, exponer una opinión sobre el tiempo ó la política... Cruelmente perplejo, el amigo Gouf, tose dos veces, se levanta á medias sobre la silla, en cuyo ángulo vuelve á sentarse, cuando he aquí que madrina le tiende una mano:

—Espero que no escaseará sus visitas. He asumido una pesada carga. Usted conoce mejor que yo á la niña; tendré necesidad de sus consejos.

¡El amigo Gouf llamado á dar consejos, y nada menos que á madrina! Buen chasco llevaría el quídam que tal osara. ¡Pero qué importa! Jamás palabras tan dulces acariciaron los oídos del amigo Gouf. El sentido literal es absurdo, pero madrina quiere significar que no pretende guardar á

Minnie exclusivamente para sí, sino que permite que entre el amigo Gouf y ella, exista un cariño común que selle una vez más sus relaciones... Lo consiente; y ha proferido tales palabras en el preciso instante en que, á buen seguro, su pensamiento se remontaba hacia las queridas imágenes del pasado, á cuyas plantas sabía que había de encontrar el pensamiento del amigo Gouf. Consiente que los dos á la par mezclen el nombre de Minnie con el recuerdo de Clara-Angélica. Precisamente ante los ojos azules de la que ya no existe, ha sellado con el amigo Gouf esta especie de pacto, como si diese por sentado que entre ellos y la muerta mediase ya un vínculo misterioso... Violentamente turbado, el amigo Gouf se levanta, esta vez decidido; estrecha con gran efusión la mano de madrina, saluda, presa de una risilla nerviosa y vase, caminando para atrás, como un cangrejo, y tropezando con todos los muebles.

En tanto madrina se sienta ante el escritorio imperio para ponerle dos palabras á Mauricio, notificándole que Minnie ha llegado felizmente.

—Querido Mauricio; tengo el gusto...

Pero al instante madrina deja de escribir y escucha. A través de los delgados tabiques del vetusto departamento sombrío, óyese el susurro de una voz

insólita. De vez en vez llega una exclamación ó el estallido de una carcajada... Madrina permanece inconscientemente con la pluma en el aire, vagos los ojos. Parece que, bruscamente, la ruda carga de los años que la agobian, caiga hecha polvo. Se siente rejuvenecida. Ve jugar á su lado á Clara-Angélica... Su risa era tan alegre como ésta, aun que no tan recia. Los chiquillos de nuestros días son más ruidosos... Madrina vuelve á mojar la pluma en el tintero.

—Querido Mauricio...

Algunos bravos y uno ó dos gritos de alegría loca la estremecen. Vaya, por lo visto, quizás sea necesario calmar á esa niña... Madrina, un tanto inquieta, se levanta, abre la puerta, atraviesa el comedor... Pero al llegar al umbral del dormitorio destinado á Minnie, queda inmóvil ante el inesperado espectáculo que se ofrece á sus ojos. En medio de la inmensidad de objetos desparramados por el suelo, vé á la señorita Noemi, quien, olvidando toda corrección, está sentada con las piernas cruzadas, como un turco; á un lado los dos colibríes, al otro el lagarto de los trópicos; sobre sus rodillas se dilata el sapo rinoceronte. Boquiabierta contempla á Minnie quien, frunciendo el entrecejo, con un dedo en el aire y un terrón de azúcar en la otra mano, amonesta á

Bobby. ¿No es vergonzoso que un perrazo como aquel se muestre tan paciente? Arrancado á sus usos tradicionales, sorprendido, Bobby se deja atropellar con aire bonachón y casi logra guardar el equilibrio... Pero en la puerta del fondo, entreabierta, se destaca una angulosa figura. El cuidado elemental de su dignidad hubiera debido preservarla. Pero no supo contenerse. Retorciendo el delantal entre sus dedos, Orasia pasa cautelosamente la cabeza por el alféizar. Y su boca mostachuda se entreabre ferozmente con la mueca particular y rara que suele hacer á manera de sonrisa. Un postrer rayo de sol, venido de quien sabe donde, se filtra entre los cortinajes, y á su claridad véense danzar locamente los átomos de polvo que no danzaron desde hace veinte años.

Nadie la advierte... Madrina se retira quedamente, vuelve á su bufete y prosigue la carta interrumpida:

«...Minnie ha llegado felizmente. Puedes estar seguro que su presencia no me molestará en lo más mínimo y que, si necesario fuese, mi severidad será tan vigilante como mi ternura...»

